

Martín Sotelo

BAILES DE MEDIO SIGLO



Madrid, 2012

© de la obra: Martín Sotelo, 2012

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.  
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid  
info@nocturnaediciones.com  
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna Ediciones: marzo de 2012

Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*  
Ino Reproducciones, S.A.

Código BIC: FA  
ISBN: 978-84-939200-7-4  
Depósito Legal: M-9780-2012

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

*A mi madre*



# PRIMERA PARTE

## I

Más tarde, cuando ya nada se podía hacer, el gallego Suso Nogueira declararía —ante micrófonos de periodistas, actas policiales y parroquianos azuzones— que lo vio acercarse con aire entre aturdido y satisfecho.

—Pero yo todavía no me di cuenta. Vigilaba el contador de gasolina. Fueron las bocinas, detrás, los frenazos, los que hicieron que me volviese. Entonces fue cuando lo vi entre los volantazos que daban los conductores para no atropellarlo.

Las palabras de Suso Nogueira aún conservaban una dulce languidez gallega, casi indiscernible debido a que se le había pegado el acento más romo de la meseta. Alguien —algún reportero local— preguntó si era del pueblo, como si su apenas distinguible inflexión del norte restara credibilidad a los hechos que reconstruía sin cobrar nada, descuidando el negocio en atención a los periodistas que lo rodeaban y le acribillaban a preguntas.

—Tal cual. El viejo salió de ese chalé adosado que ven allí. —Señaló con la mano. Pero los reporteros ya habían merodeado por el lugar del crimen, hasta donde les había permitido el cordón poli-

cial; habían sonsacado a los vecinos, que nada sabían, que nada habían oído, ni siquiera los propietarios de los chalés colindantes; unos a otros se habían prestado información malévola, ambivalente, contradictoria, y al cabo, cuando ya se resignaban a los pocos detalles obtenidos, habían reparado en la gasolinera, en aquel hombre vestido con mono de faena que les hablaba regodeándose, ilustrando sus palabras con ademanes exagerados—. Pero cuando yo lo vi, al girarme, ya digo que el viejo cruzaba la carretera...

—A ver, a ver, en qué quedamos —lo interrumpió con voz arrogante una joven ojerosa y nariguda, que le ponía una grabadora a unos centímetros de la boca—. ¿Lo vio usted salir de su casa o no?

En semanas posteriores al suceso no se hablaría de otra cosa; en cafeterías y bares, en el mercado y en el ambulatorio, en el corrillo de la iglesia, en los paseos achacosos y la barbacana, en las terrazas que ya alargaban las tardes avivando el gentío, en cualquier conversación, donde fuera, el nombre de Suso Nogueira, sin excepción, se haría indispensable, sería destacado como fuente infalible de chismorreos...

No obstante, hasta el día del juicio nadie pudo ver de cerca al viejo depravado de corta talla y tez terrosa (iracunda, ahora), lo esmirriado del cuerpo, el tormento en su rostro curtido por las cavilaciones de medio siglo, las profundas arrugas que surcaban su frente, el chuleo del destino enredado en una esquina de su boca menuda y no siempre prieta, endurecida, asqueada. Nadie pudo verlo de cerca hasta entonces, escoltado por policías, esposado, con el antebrazo izquierdo vendado, más fiero en realidad de lo que aparentaba, abor-

dato por reporteros en el corto tramo de calle hasta las dependencias judiciales.

—¿Se arrepiente?

—Totalmente.

—¿La quería?

—Más que a mi madre.

Nadie, excepto el gallego de la gasolinera, que, al girarse, tuvo la desdicha o la fortuna de toparse con él de sopetón, las bocinas, los volantazos, el viejo en medio, aquel fatídico sábado del mes de junio.

—¡¿Adónde vas, chalado?! ¡Qué haces! ¡Estás loco, vejestorio!  
—le gritaban los conductores.

La que está liando, pensó Suso Nogueira cuando decidió ir a su encuentro. Tan perdido estaba que ni pareció reconocerlo; lo miraba bajando la boca, agrandando los ojos, como preguntándose quién diablos era...

«¿De qué hablábamos? Pues de lo que se terciara; aunque el viejo, la verdad, era de pocas palabras, prefería escuchar, o eso creía yo hasta que un día le hice una pregunta y él ni caso, volví a preguntarle y tampoco, nada, como si no me oyera, igual. Tenía esos ratos de embobamiento bastante a menudo, por lo que uno terminaba acostumbrándose a ellos y los tomaba como un rasgo más de su personalidad; tal vez debido a que se conocía demasiado bien, cuando yo le hablaba, trataba de concentrarse en mis labios; era mi boca la que miraba y no mis ojos, como hacía un tío mío sordomudo. En ocasiones hacía preguntas raras. Una vez, por ejemplo, recuerdo que me



preguntó si en el pueblo había algún salón de baile. Yo le contesté que así que me viniera a la cabeza no había ninguno, quitando la discoteca que teníamos al lado, pero esa era para jovencitos, le dije, y el hombre pareció tranquilizarse. ¿Y algún parque?, preguntó después. Parques sí que había, pero estaban ocupados por los gamberros que allí se reunían para hacer botellón y fumar porros y meterse mano. ¿Y cine? Cine había uno, muy grande, muy bonito, pero con la llegada del televisor el cine fue perdiendo interés y tuvo que cerrar; ahora es un banco, le dije».

La verdad era que desde hacía tiempo se le veía deambular como un pelele por las calles del pueblo, vagaba de aquí para allá, doblando las mismas esquinas, parándose en los mismos cruces, sin levantar la vista del suelo. Suso pensaba que seguramente el médico le habría recomendado hacer ejercicio, no llevar una vida demasiado sedentaria, andar un poco de cuando en cuando. ¿Quién podía figurarse que en aquellos paseos erráticos arraigaba una decisión tan trágica, posiblemente ya tomada, a la espera de alguna excusa o acontecimiento anómalo que justificara en su conciencia el hecho de llevarla a cabo? Y entonces se produjo la extraña visita del desconocido, de aquel hombre misterioso que apareció ese mismo sábado, horas antes del crimen.

En el cuartel, el principal testigo ahorraría detalles. En el silencio del despacho, ante la mirada inquisitiva del sargento, Suso Nogueira se arrogaría el mérito de haber sido él quien avisó inmediatamente a la Guardia Civil.

—Yo no me lo podía imaginar. —«Todo era tan real y a la vez tan irreal, compañeros, tan de improviso, el sargento con su mostacho negro tras la mesa, mirándome sin prisas, y yo procurando acordarme de lo importante, de lo que pudiera servir a la justicia...»—. Se puede imaginar que no, sargento. ¿Cómo va a pensar alguien que...?

Y que lo tuvo que agarrar del brazo para llevarlo a la otra orilla. Y al hacerlo descubrió la sangre en sus ropas, en sus manos, goteando, caliente. Tenía cortes en el antebrazo izquierdo y un tajo más profundo en esa misma muñeca.

—Le pregunté espantado y lo que me respondió ya se lo he dicho, sargento. Créame que fue como le digo, textual, aunque suene peliculero o a novelucha barata.

¿Cómo era? Sólo deseaban saber eso: cómo era.

—Y yo, bien lo sabe Dios, yo no les mentí. Era un tipo normal, les dije.

Un viejo del montón, callado, más bien enclenque y apechugado, muy flaco, bastante cabal en sus escuetos comentarios, con cierta querencia al ensimismamiento, esos aires que le daban repentinamente y que parecían aislarlo del exterior, aunque no tanto de sus propias cavilaciones. Cuando se embobaba de aquella manera, ya le podía Suso insultar que no se daría cuenta, porque durante esos ratos no escuchaba ni hacía ningún tipo de comentario, sólo se le oía respirar con fuerza, muy trabajosamente. Solía oler a eucalipto y vestía de manera sencilla, con pantalones de pana o franela y camisas de un

color o a cuadros, en invierno con ceñidos jerséis de ochos que con toda seguridad le hacía su mujer; vestía, en fin, muy pobremente, aunque tenían criada y se rumoreaba que vivían mejor de lo que aparentaban.

«Al viejo le gustaba dejarse caer por la gasolinera, venir a charlar un rato conmigo. Y lo hacía como si se acercara por hacerme un favor, como si el aburrimiento fuera cosa exclusivamente mía. Yo, la verdad, ni aburrido ni no aburrido, tenía suficiente con llenar los depósitos de los coches que paraban a cargar combustible. El viejo llegaba, saludaba educado, correcto, los buenos días, las buenas tardes; si yo estaba atareado, él aguardaba paciente, sabiendo que ni molestaba ni dejaba de molestar, las manos en los bolsillos o recostado en la cristalera del establecimiento».

—Pues también venía por aquí —intervino Vidal mientras depositaba los vasos de tinto sobre la mesa, la tapita de anchoas—. A veces con su mujer. Se sentaban, pedían una ración, unas bebidas. Apenas hablaban. La señora miraba sus manos o el contenido del vaso, o juntaba sobre la mesa las migas desparramadas, hacía con ellas figuras geométricas. El hombre sólo tenía ojos para su mujer; le acercaba el refresco, le daba una servilleta cuando se manchaba, le decía que comiera, preguntaba si es que no tenía hambre, si es que no le gustaba, si prefería otra cosa...

Y contaba también el gallego que cuando irrumpieron en la gasolinera las cámaras de televisión, no sabía por qué, pero impostó una sonrisa evasiva, pese a que no viniera a cuento.

—No venía, Suso —lo amonestó Félix por decir algo, escudando su desafiante mirada de jugador consumado tras el abanico de cartas—. Ha sido una gran tragedia. Ahí va esa sota. A ver si me la ganas ahora.

—El caso es que me enchufaron con sus cámaras y hasta me obligaron a echarme a un lado porque la luz pegaba mejor, me dijeron. —Sobre la sota puso un rey de oros; sonrió triunfante y Félix se apresuró a recoger las cartas de la baraja española, entreteniéndose en ordenarlas por palos y números: «Qué pesado este gallego. Y suertudo, encima»—: Y otra vez tuve que repetir la misma historia para que pudieran respaldarla con imágenes. Y no me lo pidieron con buenos modos, no os vayáis a creer. Ni un por favor salió de sus bocas. Pero yo me porté y les dije lo que estoy cansado de decir, que no lo pude ver salir de su casa porque estaba de espaldas a los chalés, pendiente del surtidor, pero que horas antes lo vi todo, y que fue al escuchar los chirridos de ruedas, los frenazos, las bocinas, cuando me volví y entonces sí que...

El de las cartas pidió otra copita, la de las cinco de la tarde, se retrepó hacia atrás en la silla, haciendo crujir el espinazo, sin desear oír otra vez la manida historia del gallego, si acaso únicamente el desenlace, cuando Santi, el dueño de la gasolinera, ya no aguantó más (él solo no daba abasto y los coches se amontonaban, exigentes) y le tuvo que llamar la atención:

—Vamos, Suso, al tajo; que no te vas a hacer famoso por una desgracia.

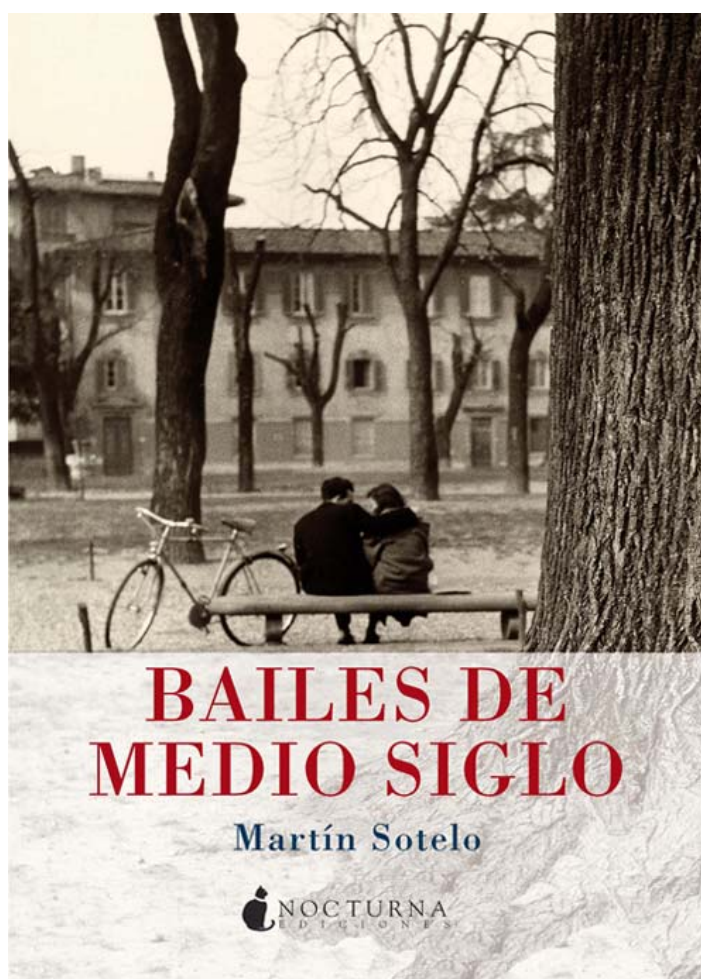
—Y también les dije lo que se oye por ahí. Que no era la primera vez. ¿O es que no os habéis enterado de que este mismo hombre, a la misma hija a la que ahora ha dejado sin madre, la dejó también, hace cincuenta años, huérfana de padre?

**SIGUE LEYENDO**

A la venta: **26-3-2012**

# **BAILES DE MEDIO SIGLO**

Martín Sotelo



**ISBN:** 978-84-939200-7-4. **PVP:** 15 €

 **NOCTURNA**  
E D I C I O N E S

Distribución: UDL Libros ([www.udllibros.com](http://www.udllibros.com))  
Ámbito nacional (España)